

Coordinación de grupos

Experiencias y aportes técnicos

S. Muzlera – E. Guidolín
G. Kahane de Gordon – P. Puebla

Coordinación de grupos
Experiencias y aportes técnicos



Editorial de la
Universidad del Aconcagua

Coordinación de grupos : experiencias y aportes técnicos / Silvia Cristina Muzlera ... [et.al.]. -

1a ed. - Mendoza : Universidad del Aconcagua, 2012.

217 p. ; 21x16 cm.

ISBN 978-987-1511-35-8

1. Estudios Culturales. I. Muzlera, Silvia Cristina

CDD 306

Diagramación: Gustavo Cadile.

Diseño de tapa: Aldana López aldanalopezdg@gmail.com

Corrección: Mercedes Fernández .

Copyright by Editorial de la Universidad del Aconcagua.

Catamarca 147 (M5500CKC) Mendoza.

Teléfono (0261) 5201681.

Correos electrónicos: editorial@uda.edu.ar

Silvia Muzlera: silviamuzlera@gmail.com

silviamuzlera.blogspot.com.ar

Érica Guidolín: ericaguidolin@hotmail.com

Graciela Kahane de Gordon: grkahane@hotmail.com

Patricia Puebla: pueblapato@yahoo.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

Impreso en Argentina.

Primera edición: setiembre de 2012.

ISBN: 978-987-1511-35-8

Reservados todos los derechos. No está permitido reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir ninguna parte de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado – electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*A todos aquellos alumnos y colegas
que nos ayudaron a transitar por
la experiencia del aprendizaje.*

Índice

Introducción	11
1- Fundamentos para una comprensión psicoanalítica de los grupos	15
<i>Silvia Muzlera</i>	
2- El grupo como objeto de conocimiento	41
<i>Silvia Muzlera, Érica Guidolín, Graciela Kahane de Gordon, Patricia Puebla</i>	
3- El dispositivo grupal: un artificio técnico.....	53
<i>Silvia Muzlera, Patricia Puebla</i>	
4- Los elementos intermediarios en el proceso grupal.....	71
<i>Érica Guidolín</i>	
5- La imagen visual como elemento intermediario en la elaboración psíquica grupal	81
<i>Silvia Muzlera, Patricia Puebla</i>	
6- Dispositivo grupo de diagnóstico. Un ejemplo de su aplicación	95
<i>Silvia Muzlera, Érica Guidolín, Graciela Kahane de Gordon, Patricia Puebla</i>	

7- El taller psicoanalítico de reflexión	121
<i>Silvia Muzlera</i>	
8- Problemas con la tarea: grupo de discusión	145
<i>Silvia Muzlera</i>	
9- Grupos de reflexión homogéneos	161
<i>Graciela Kahane de Gordon</i>	
10- Aplicaciones de los grupos de reflexión homogéneos	175
<i>Graciela Kahane de Gordon</i>	
11- Grupo, adolescentes en riesgo y transformación	207
<i>Patricia Puebla</i>	

Introducción

Este texto despliega conceptos, técnicas y experiencias que han sido discutidos, elaborados y pensados en el seno del grupo de trabajo y estudio que constituyen sus autoras. El eje temático es la coordinación de grupos concebida como la operatoria que posibilita la emergencia y el funcionamiento de los procesos psíquicos elaborativos dentro del devenir grupal.

Esta práctica es la puesta en acción de una concepción teórica, motivo por el cual, el capítulo 1 contiene, de un modo básico, sencillo, los fundamentos metapsicológicos de los que deriva la técnica. Autores como Wilfred Bion, Marcos Bernard, René Kaës y Didier Anzieu son los referentes del psicoanálisis grupal que se toman en cuenta. Se trata de un capítulo inicial para quien se introduce en este campo del conocimiento.

En el segundo capítulo, el fenómeno del agrupamiento es considerado en el ámbito universitario. Se enfocan tres perspectivas: el cuerpo docente como grupo de trabajo, los alumnos como grupo de aprendizaje y el grupo, en tanto contenido curricular, como objeto de enseñanza-aprendizaje y herramienta de trabajo. En todos los campos mencionados se describe la influencia del fenómeno grupal facilitando o resistiendo las experiencias de enseñanza-aprendizaje.

El tercer capítulo inicia los desarrollos técnicos que se mantendrán hasta el final del libro. Otorga las bases teórico-técnicas para la construcción de un dispositivo de trabajo. Se describen sus elementos, jerarquizados en función del objetivo y de la demanda de abordaje grupal.

En la coordinación de grupos se utilizan, en algunas oportunidades, elementos tales como imágenes visuales, auditivas, o breves tareas que se solicita a los integrantes (gráficas, verbales, dramáticas, etc.). Estos se denominan “elementos intermediarios” ya que funcionan como pantalla de proyección de aspectos del mundo interno, estimulan niveles de asociación y generan un puente conector entre los contenidos inconscientes y las representaciones preconscientes aptas para ser pensadas. Los capítulos 4 y 5 abordan esta situación técnica. El primero, a través de una experiencia docente, el segundo poniendo el énfasis en los procesos elaborativos facilitados por la imagen visual.

El capítulo 6 abre la descripción de dispositivos específicos que continuará en los capítulos siguientes. Se trata de modelos técnicos disponibles para el trabajo grupal según diferentes objetivos. Así, el llamado “grupo de diagnóstico” que se describe en este capítulo, es de utilidad cuando es necesario determinar cualitativamente el modo de funcionamiento de un grupo y también la forma de vincularse que tiene cada miembro en relación a los demás y al conjunto como un todo. Esta modalidad técnica se ejemplifica con un grupo de profesionales que son evaluados como ingresantes a una formación de posgrado.

El “taller psicoanalítico de reflexión” es un dispositivo que trabaja una problemática emocional focalizada, común a un número, que puede ser amplio, de personas. En el capítulo 7 se propone una estructura organizativa del mismo que favorece la puesta en marcha de procesos elaborativos para que tal situación emocional sea esclarecida o resuelta. Este desarrollo se va describiendo junto con el relato de una experiencia realizada con un grupo de profesionales de la salud.

El capítulo 8 aborda la modalidad “grupo de discusión”. Su aplicación es de utilidad en los equipos de trabajo, en especial en aquellos momentos en los que se produce una perturbación o un problema en relación con la tarea que el grupo realiza. Intentar su resolución es el objetivo de este dispositivo.

Los últimos tres capítulos están dedicados a “grupos de reflexión”. Aquí, los aspectos emocionales pasan al primer plano del trabajo grupal.

Los capítulos 9 y 10 desarrollan los “grupos de reflexión homogéneos”. En el primero se describen las particulares características de este dispositivo, su capacidad de operar en el psiquismo individual a través de lo vincular, los objetivos, las indicaciones y limitaciones para su empleo efectivo.

El capítulo 10 ilustra la diversidad de campos que pueden ser abordados. Estas aplicaciones están fundamentadas en el conocimiento teórico-técnico que delimita y discrimina a cada una de ellas. Se desarrollan tres ámbitos de aplicación: adultos mayores, pacientes post-quirúrgicos y personas en situación de aprendizaje académico.

Para finalizar, en el capítulo 11 se presenta una experiencia con un grupo de adolescentes urbano-marginales que fue abordado en una institución educativa con el dispositivo “grupo de reflexión”. Se despliegan algunos indicadores de cambio psíquico, observados e inferidos a través del proceso grupal.

Las autoras

1- Fundamentos para una comprensión psicoanalítica de los grupos

Silvia Muzlera

En este capítulo se desarrollan conceptos que son de utilidad para el trabajo psicológico con grupos pequeños. Constituyen un punto de partida para la observación y la comprensión de la grupalidad y definen también una perspectiva entre las múltiples existentes: la concepción psicoanalítica de los grupos. Se tomarán desarrollos de la escuela inglesa (Wilfred Bion), del pensamiento francés (Didier Anzieu y René Kaës), y conceptualizaciones argentinas (Marcos Bernard).

Filo y ontogenéticamente los seres humanos estamos atravesados por una grupalidad tan ancestral como abierta hacia el futuro. Complejas redes y tramas vinculares entretrejen de tal modo la vida humana, que la soledad bien entendida, en tanto autonomía y libertad, aunque relativa, constituye un estado evolutivo arduamente logrado en la medida en que se basa en un modo de ser del sujeto consigo mismo, aún estando agrupado.

Se realizará un somero recorrido por la prehistoria y la historia de la cualidad grupal del ser humano. Se enfocará al grupo como totalidad con sentido y se especificarán sus modos de funcionamiento. Para clarificar

estas descripciones, se analizarán tramos de una película que muestra un devenir grupal como podría encontrarse en cualquier contexto.

Estas ideas dan las bases para que la coordinación de un grupo tienda a favorecer el despliegue vital y creativo que se produce en el ensamblaje de las personas cuando éstas se congregan.

1. De la manada al grupo

Evolutivamente, el ser humano como especie, deviene de aquellos seres denominados “homínidos” o primates antropoides, que aparecieron en la Tierra hace aproximadamente cuatro millones de años. Entre ellos se encuentran los Australopitecus, que vivían en las sabanas africanas cerca de los cursos de agua. Formaban grupos de alrededor de quince miembros ya que, de hecho, un individuo aislado moría en un corto lapso. El mantenerse en grupo o “manada” era la única forma de lograr alimento y de defenderse ante los predadores. La supervivencia estaba directamente relacionada con la pertenencia al grupo.

Lentas transformaciones condujeron al Australopitecus desde los árboles a los hábitats terrestres, de la ingesta vegetal a la animal. Y así una serie de diversos cambios acaecieron en su evolución. Todos ellos se desarrollaron en el seno de sus grupos-manadas.

Unos pocos millones de años más adelante fue asomando sobre la tierra el ser humano como especie. Los Neandertales aparecen hace 230.000 años: robustos hombres y mujeres reunidos alrededor del fuego, en refugios transitorios, con incipientes estrategias grupales de carroñería y luego de caza, con una discriminación de género sólo un poco más que biológica, y siempre con la indispensable pertenencia al grupo para poder sobrevivir. Se trataba sólo de vivir allí, en el interior del grupo: un conjunto de hombres, mujeres, niños y ancianos sin la noción de vínculo familiar

consanguíneo. La vivencia de vínculo familiar es posterior a la grupal, de la cual deviene como una discriminación.

Y acaece el gran salto: hace 40.000 años aparece el Hombre de Cromagnon y la rapidez de los cambios en su evolución marcan una importante divisoria de aguas. El lenguaje, el simbolismo, la técnica y la complejidad creciente de los vínculos intragrupales hacen pensar que aquí comienza verdaderamente el ser humano, o “lo humano” del humano (Moreno, 2010). Se puede decir que se pasa de la “manada” al “grupo”.

Desde entonces muchísimos cambios se han sucedido, algunas adquisiciones han permanecido y otras no. Algunas han hibernado latentes, erupcionando con toda su “animalidad” en ciertos momentos, pero a pesar de los cambios permanece el hecho de que el ser humano (y su condición de mamífero así lo determina) nace, crece y se desarrolla en el seno de un grupo familiar (o su sustituto) y social. Se pueden estudiar, pensar y comprender, por ejemplo, las cualidades actuales de los vínculos virtuales, la “liquidez” de los lazos que nos unen, o la producción de “soledades” como patologías de la actualidad; y tal vez estas consideraciones pongan en cuestión las “bondades” o “maldades” de los vínculos y de los grupos, pero no cuestionamos su básica existencia.

2. Obstáculos para pensar al grupo y para pensarse en grupo

Pasando de la prehistoria a nuestra historia nos encontramos con un hecho algo sorprendente descrito por Didier Anzieu (1972) quien realiza un estudio etimológico del término “groupe” (grupo). Determina que el vocablo “groupe” es de aparición tardía en la historia de las lenguas. Recién a mediados del siglo XVII, artistas franceses importan el término desde Italia y aparece en forma escrita como término técnico de las bellas artes, describiendo a varios individuos, pintados o esculpidos, que componen un tema. Recién un siglo después, a mediados del XVIII, designa una

reunión de personas. En el mismo momento aparece también el vocablo en alemán y en inglés.

Debe señalarse que las lenguas antiguas no disponen de ningún término para designar una asociación de pocas personas, que persiguen objetivos comunes. Los hombres piensan espontáneamente según la oposición individuo-sociedad; no piensan naturalmente en función de grupo, aunque su vida y sus actividades se desarrollan casi siempre en el seno de conglomerados restringidos. (Anzieu, 1972, 10).

Anzieu relaciona esta tardía aparición del término con una correspondiente lentitud en el curso de la historia del pensamiento para poder concebir el concepto. Pensar al grupo como tal o pensarse a sí mismo en grupo, se presenta como un camino con ciertos obstáculos. En este sentido, Anzieu describe la existencia de “resistencias epistemológicas al concepto de grupo”, aludiendo a las dificultades del pensamiento para concebir el concepto. Se desarrollarán algunas de estas resistencias descritas por el autor.

Existe la tendencia a considerar a las relaciones entre las personas como resultado de la influencia de alguno de los individuos perteneciente al vínculo, por lo tanto, los fenómenos del conjunto no son percibidos como tales. Circunscribirse al individuo aislado sin poder apreciar “al mismo tiempo” el conjunto que lo incluye, es considerar las partes pero no el todo. Este modo de enfocar algunos hechos de la realidad es una forma usual de intentar comprender lo que sucede en un grupo. Es la base de la configuración de “chivo expiatorio” por medio de la cual los miembros depositan en un sujeto o en una parte del grupo, aspectos negativos, responsabilizando o culpabilizando al depositario y haciéndolo blanco de agresiones.

Otro ejemplo, complementario al anterior, es la idealización de uno de los sujetos, erigido así en líder, a quien se hace responsable y poseedor de todos los logros del conjunto. Se puede observar así, cuán frecuentemente, se evita considerar a un grupo como tal. Resolver esta

dificultad significa ampliar la perspectiva, considerar la complejidad de las variables intervinientes, sin negar las determinantes individuales por las que uno o más sujetos de un grupo asumen una función diferencial.

Marcos Bernard (2001) señala la importancia de:

... el efecto combinación, que surge y actúa desde el mismo campo que se está organizando, y que depende de las formas aleatorias, impredecibles de antemano, en que los sujetos del vínculo puedan acoplarse. El efecto combinación es lo que el vínculo tiene de irreductible a la suma de sus componentes. Marca un efecto de creación que, junto con el hecho de que el objeto externo, el otro, sea irreductible a la posibilidad de ser transformado en objeto interno sin resto, otorga al despliegue transferencial todo lo que éste tiene de innovador, de prueba y de juego. (p. 40).

Otro de los obstáculos lo constituyen los significados persecutorios que puede tener la pertenencia. Si pertenecer es vivido como una amenaza al yo, toda grupalidad es evitada o desestimada por ser temida. En este sentido, sí existe una noción de grupo: el grupo, como tal, representa o significa algo para los sujetos. Pero como esa representación es temida, el grupo termina siendo alejado de cualquier consideración. Los difundidos temores acerca de la pérdida de la identidad por pertenecer a tal o cual grupo están en esta categoría de obstáculos. Fantasías tales como ser asfixiado, o tragado, o diluido, o malformado, o convencido, o atrapado por la pertenencia a un grupo, perdiendo consecuentemente la individualidad, son comunes y hasta forman parte de algunos dichos populares. Si bien es cierto –y la experiencia lo demuestra– que existen grupos que presentan este funcionamiento, de lo que se trata en este punto es del prejuicio por medio del cual, sin un análisis de la realidad, estas ideas operan como un impedimento para acercarse al conocimiento de la grupalidad.

La vida en grupo, y especialmente si se trata de un grupo “saludable”, implica, siempre en alguna medida, tener en cuenta a los otros en su alteridad, (en lo que tienen de diferente al propio yo) y en su ajenidad

(lo incognoscible), aspectos vividos muchas veces como peligrosos y amenazantes.

Existe también la resistencia a considerar la propia situación en relación a un marco de referencia mayor que uno mismo porque implica reconocer que se es objeto de percepción, crítica, seducción, valoración o de sentimientos de otros. Considerar la existencia del mundo interno autónomo del otro puede ser un reconocimiento doloroso y frustrante ya que implica un trabajo de discriminación de los sujetos agrupados.

El grupo exige un trabajo de renuncia personal a la vida pulsional tal como lo desarrolla Freud, en “Tótem y tabú” (1914), en “Psicología de las masas y análisis de yo” (1921) y en “El malestar en la cultura” (1927). La grupalidad implica la renuncia a la satisfacción directa de las pulsiones agresivas y sexuales dentro del grupo. La acción directa agresiva disuelve la unión interior; es por esto que una de las formas de mitigar esta agresión intragrupal es la búsqueda de un enemigo común, mecanismo que tiene un efecto cohesionante entre los miembros. La satisfacción directa de las pulsiones sexuales (tal como sucedía en la horda primitiva) es propia de la conformación de la pareja, no del vínculo entre pares, requiere un vínculo dual y no plural, en la medida en que el grupo haya evolucionado alejándose del grupo-manada. Otra de las renunciaciones reclamadas por la grupalidad es la de pretender una relación privilegiada dual con el líder u otro miembro, hecho que disuelve la igualdad entre los integrantes. Estas renunciaciones, alcanzadas siempre de manera incompleta, constituyen un trabajo psíquico para todo sujeto agrupado y muestran, en la medida en que no se alcanzan, la pérdida de la pertenencia a un conjunto cohesionado.

Otro obstáculo para el conocimiento de los grupos es de orden sociológico. Anzieu lo describe en relación a la actitud de la sociedad global o de las grandes organizaciones hacia los pequeños agrupamientos. La mayoría de las civilizaciones han demostrado cierta desconfianza hacia los pequeños grupos espontáneos, tomándolos como conspiradores contra un orden existente. Ejemplo de esto son las iglesias frente a las sectas, los ejércitos frente a los guerrilleros, los partidos políticos frente a las reuniones

fraccionarias, etc. La vida en grupo autónomo puede ser un peligro real para la organización instituida al plantear un orden diferente, un cambio instituyente. Sin embargo, en oportunidades se trata de un prejuicio derivado de la intolerancia a lo diferente y obstaculiza el interés por el conocimiento.

En resumen: el trastocamiento de la parte por el todo, la desconfianza hacia toda pequeña agrupación social, el temor al borramiento de la propia identidad, la frustración provocada por las renunciadas y las diferencias, son representaciones imaginarias, pre-científicas, comunes, naturales e ineludibles que se constituyen en una especie de tropiezo en el sendero que lleva a la construcción de la noción de grupo, a su estudio e investigación.

Sin embargo, “el grupo (...) moviliza en cada uno de nosotros, tanto que hay quienes lo invisten con suficiente energía y expectativas como para empeñarse en el conocimiento de lo que se anuda en él”. (Kaës, 1995, 23).

3. El término “grupo” en sentido psicológico

Retomando los mencionados desarrollos de Anzieu sobre la etimología de “groupe” se despliegan dos líneas de significación: una derivada del italiano “gropo” que conduce a “nudo” y otra derivada del germano occidental “kruppa” que lleva a “círculo”. “Nudo” y “círculo” constituyen el sentido psicológico del término, a diferencia de otras perspectivas como la sociológica (donde grupo puede ser una clase social) o la estadística (donde grupo puede ser un rango de personas de determinada edad).

El significado de “nudo” remite al grado de cohesión entre los miembros, es decir, a la existencia de vínculos, de ligazón entre las personas. Este anudamiento, esta ligazón, supone la puesta en marcha de procesos

psíquicos en cada uno de los integrantes para quienes el otro no es indiferente. En un grupo los otros son objetos de investidura pulsional, son, de alguna manera, significativos al punto de provocar una movilización psíquica que lleva a buscar al otro u otros para un fin, un objetivo.

En este sentido “anudarse” grupalmente sería emerger de la “serialidad”, concepto desarrollado por Sartre (Rosenfeld, 1971). Este autor denomina “serialidad” al estado en el que varias personas permanecen coexistentes pero en soledad, donde cada uno es idéntico a los demás, intercambiable, sin tener un valor significativo para el otro, tal como sucede en la fila de personas que esperan el autobús. La serialidad se encuentra en el inicio de todo grupo y forma parte de la dialéctica de los procesos grupales amenazando siempre con la disolución. Los transeúntes que pasean por la calle, o los pasajeros de un determinado micro, aunque estén en el mismo lugar y quizás con el mismo objetivo, carecen de este nivel de investidura o anudamiento. Las investiduras pulsionales originan fenómenos psíquicos particulares en el armado y la permanencia del grupo.

La presencia real de los otros es para cada sujeto, como en todo vínculo, una exigencia de trabajo psíquico. La noción de trabajo psíquico impuesto al psiquismo tiene su origen en Freud (1987) cuando, en 1905, en “Tres ensayos de teoría sexual”, describe el concepto de trabajo impuesto a la psiquis por la pulsión que exige operaciones de ligazón o transformación para el logro de la meta. René Kaës (2000), partiendo de este concepto freudiano, habla de exigencia de trabajo psíquico impuesto a la psique por la situación intersubjetiva del sujeto. Describe cinco de estas exigencias: contrato narcisista, alianzas inconscientes, identificación, interpretación y no trabajo psíquico. En términos generales se puede decir que la situación grupal abre un intenso campo de estimulación en todos los miembros, se produce una amplia oferta y demanda de significantes, elementos para ser procesados por cada uno y por el conjunto. En la situación de grupo, el sujeto no puede no ser afectado de alguna manera. Su aparato psíquico entra en una exigencia de trabajo, aunque este trabajo consista en negar la existencia de su pertenencia, de su afectación por esta pertenencia y del trabajo psíquico que ésta implica. Cada uno de los miembros pone en juego

su propia modalidad para el armado grupal, para organizar una trama en conjunto, del y para el conjunto. Nudo, entonces, remite a este mismo trabajo.

La otra rama etimológica conduce al término “círculo”, vocablo que designa una “reunión de personas”. De ahí la expresión “círculo de gente”. La idea central es la del grupo de iguales. Recuerda Anzieu (1972) que en la historia se encuentra la tradición celta de los Caballeros de la Mesa Redonda, ubicados todos a la misma distancia del centro como forma de simbolizar la igualdad entre ellos. De ahí se derivan otras dos características esenciales del grupo: la co-presencia y un elemento de igualdad en relación a un centro-objetivo.

La co-presencia es condición para que se produzca el “anudamiento”, red de investiduras mutuas. Las experiencias con los otros dejan en el aparato mental del sujeto, representaciones, huellas mnémicas, fantasías. Por lo tanto cada vez que se produce una experiencia dentro de un conjunto de personas, existe la posibilidad de un enriquecimiento del mundo interno. Durante la coordinación de un grupo, se trabaja con los miembros presentes. Y aunque se está describiendo un aspecto obvio, tal vez una verdad de Perogrullo¹, es importante tenerlo en cuenta puesto que los fenómenos que se ponen en marcha cuando una pluralidad de personas se reúne, no son los mismos que se suscitan en el aparato psíquico de la misma persona cuando ésta está sola.

Cuando se trabaja con grupos a lo largo de un cierto tiempo –en grupos de reflexión o terapéuticos– esta característica se pone en evidencia en ocasión de la ausencia de algún miembro. Son los miembros “presentes” los que buscan alguna organización fantasmática, otorgando a la ausencia del compañero algún significado; la silla vacía implica algún trabajo psíquico para el conjunto, ya sea para negar la ausencia o para investirla con algún

¹ Perogrullo o Pedro Grullo fue un personaje cómico del siglo XVII, cuyo origen histórico es de difícil determinación, y que se caracterizaba por decir cosas muy evidentes y sabidas. Sin embargo, con el sólo hecho de enunciarlas proponía considerar situaciones poco pensadas, naturalizadas.

contenido emocional. El ausente no participa de este trabajo psíquico intersubjetivo y aunque se suele decir que “forma parte del grupo” (es parte del vínculo estable que han construido a lo largo de cierto tiempo), en este caso los presentes sólo pueden recurrir, en todo caso, a la representación mental que tienen del compañero ausente y así van tejiendo entre los presentes la trama grupal de ese “aquí y ahora”.

La co-presencia imprime a la experiencia grupal la cualidad de original y única. Esta cualidad es frecuentemente negada en el seno de los grupos. Cuando algún miembro se ausenta o llega tarde a una reunión grupal es usual que sus compañeros le comenten lo sucedido en su ausencia. Si bien esta actitud es una forma de incluir al ausente, se puede observar que todos (presentes y ausentes) tienen la creencia de que de esta forma anulan la ausencia, “no se ha perdido nada”. Expresiones tales como “no vine, pero ya me contaron todo”, “te contamos, así no te perdés de nada” evidencian la negación de que lo vivido por los co-presentes es intransferible en gran medida.

El círculo grupal supone, entonces, la presencia de los miembros, y al mismo tiempo implica el lenguaje de las miradas y de los cuerpos, en su disonancia o armonía con el lenguaje verbal. Es por esto que en aquellos dispositivos de trabajo como el de grupo de reflexión o el terapéutico, donde se ponen en juego especialmente los aspectos emocionales e inconscientes –lo “anudado”– la disposición espacial es la del círculo.

El otro elemento que se ha mencionado es la igualdad con respecto a un centro. Las personas se reúnen en torno a un objetivo común, a una tarea que se proponen realizar y que los determina a todos “por igual”. En un contexto docente, por ejemplo, si bien se pueden delinear distintos roles como docentes y alumnos, todos están regidos por la misma tarea: el aprendizaje de determinados contenidos en cierto tiempo. Los equipos de trabajo, aunque tengan una organización jerárquica, están conformados por miembros cuyos roles, igualitariamente, están definidos y referidos a la tarea u objetivo común, tal como las piezas de un reloj. Este objetivo convocante

tiene un gran poder de definición del grupo puesto que marca un círculo a partir de un centro.

La claridad del objetivo es un elemento técnico de la coordinación de grupos. Es indispensable, para trabajar adecuadamente con grupos, que exista por parte de los miembros un conocimiento y un acuerdo acerca del objetivo de la reunión y del trabajo grupal que se desarrollará. Suele suceder con cierta frecuencia que se convoca a personas a diversas reuniones sin que los participantes conozcan con claridad para qué han sido convocados. En el ámbito de los profesionales de la salud mental se suele tener en cuenta este elemento en los encuadres clínicos, y se conoce la imposibilidad de llevar a cabo un tratamiento sin el acuerdo de los pacientes. Sin embargo, en los abordajes grupales no terapéuticos no es frecuente conservar la importancia de este elemento.

Círculo significa también pertenencia. Delimita una frontera entre un interior y un exterior. Se puede establecer una analogía entre esta noción de “círculo” y la noción de “piel psíquica” trabajada por Anzieu. Para él, el grupo está constituido por su piel grupal, una envoltura que mantiene juntos a los miembros.

Una envoltura que encierra los pensamientos, las palabras y las acciones, permite al grupo constituir un espacio interno (que provoca un sentimiento de libertad y que garantiza el mantenimiento de los intercambios en el interior del grupo) y una temporalidad (que comprende un pasado del que el grupo hace derivar su propio origen y un porvenir en el que proyecta perseguir sus metas). (Anzieu, 1981 citado en Neri, 1997, 71).

Para Anzieu (1987), el yo individual se representa a sí mismo como una piel psíquica y se representa al grupo como un cuerpo individual. La imagen del cuerpo y el esquema corporal son dos de los principales organizadores del grupo. En su artículo “El yo-piel familiar y grupal” (2000) define a la piel psíquica grupal como una extensión al grupo del yo-piel individual. El sujeto vivencia a su grupo de pertenencia como envuelto por

una piel que le permite discriminar un espacio interno de uno externo. Por lo tanto, el centro del círculo puede ser pensado como el objetivo o tarea grupal, y la línea circular periférica como la línea de pertenencia o piel del grupo.

4. El funcionamiento grupal

Desde una mirada ingenua cabría esperar que existiendo una pluralidad de personas, reunidas en torno a un objetivo previamente consensuado, a través de la interacción entre ellas, puedan dedicarse establemente a la realización de la tarea prevista, ya sea ésta estudiar, vender, reflexionar, curarse, trabajar, etc. Sin embargo, lo que sucede es que se presentan permanentes fluctuaciones en el devenir grupal.

Wilfred Bion, psicoanalista pionero en el estudio de los fenómenos inconscientes que se dan en los grupos, observó y conceptualizó tales variaciones (Grinberg, Sor y Tabak de Bianchedi, 1991). Una de las primeras experiencias que Bion realizó con grupos fue como director del sector de rehabilitación de un hospital psiquiátrico militar durante la segunda guerra mundial. Bion se propuso considerar la rehabilitación como un problema grupal. Además del entrenamiento físico y del aprendizaje de un oficio, organizó reuniones diarias de todos los pacientes, personal encargado de ellos y directores, para la discusión de los programas, de los problemas creados y de las disposiciones a tomar.

En su libro “Experiencias en grupos” (Bion, 2006) describe a estas reuniones como:

... el esfuerzo planeado para descubrir las fuerzas que en un grupo llevan a una fácil actividad cooperativa (...) La terapia de grupo depende de la adquisición del conocimiento y de la experiencia de los factores que condicionan un buen espíritu de grupo (...) En el tratamiento individual, la neurosis se presenta como un problema del

individuo. En el tratamiento grupal debe presentarse como problema del grupo. (Bion, 2006,15).

Así se abre para el psicoanálisis la importancia de descubrir “los factores que condicionan” la vida grupal.

Uno de los hechos que llamó inicialmente su atención fue que los grupos reunidos para realizar una tarea específica evidenciaban actitudes y desarrollaban métodos que no parecían conducentes al logro del objetivo propuesto. Esto se manifestaba por una falta de riqueza intelectual en las conversaciones desarrolladas durante las reuniones, con disminución del juicio crítico y perturbaciones en la conducta racional de los integrantes. Esta forma de proceder no concordaba, por lo general, con la inteligencia y habilidad de sus integrantes fuera de la situación grupal. La solución de los problemas dentro del grupo no era llevada a la práctica con métodos adecuados a la realidad. Las situaciones creadas en los grupos estaban intensamente cargadas de emoción, y estas emociones parecían guiar la actividad del grupo hacia la no realización de la tarea propuesta. Él mismo lo expresa de la siguiente manera.

El peligro común del sector de entrenamiento era la existencia de la neurosis como una incapacidad de la comunidad. Me encontraba, pues, de nuevo en mi punto de partida, la necesidad, en el tratamiento de un grupo, de considerar la neurosis como un problema del grupo (...) La neurosis debe ser enfocada como un peligro para el grupo; y ocuparse de ella debe constituir, de alguna manera, el objetivo común del grupo. (Bion, 2006, 17).

La incapacidad social y productiva que genera la neurosis en los sujetos, lo que la neurosis tiene de “anti-social”, queda planteado como un problema del grupo que conforman los sujetos. Planteo novedoso para la época en la que sólo se habían desarrollado dentro del psicoanálisis los tratamientos individuales.

Así fue como Bion llega a la conclusión de que en la reunión de varias personas para efectuar una tarea pueden discernirse dos tipos de tendencias: una dirigida a la realización de la tarea y otra que parece oponerse a ella. La actividad de trabajo es obstruida por una actividad más regresiva y primaria. Las denominó “Grupo de trabajo” y “Grupo de supuesto básico” respectivamente. Vale aclarar, ya que la terminología puede inducir a error, que no se trata de dos tipos de grupo, sino de dos formas de funcionamiento grupal presentes en todo grupo en proporciones variables según el grupo y el momento del mismo.

Estas dos tendencias recibieron distintos nombres a lo largo del desarrollo del estudio de los grupos. Cada autor pudo verlas y discernirlas: Didier Anzieu (cara externa y cara interna de la piel grupal; polo técnico y polo fantasmático), Enrique Pichon-Rivière (grupo centrado en la tarea y resistencia al cambio), José Bleger (sociabilidad por interacción y sociabilidad sincrética), Marcos Bernard (polo técnico y polo fantasmático; identidad de rol e identidad de pertenencia; grupo primario y grupo burocratizado), René Kaës (homomorfia e isomorfia), etc.

Se delinea así un pensamiento binario en el que dos términos se oponen: uno tendiente a lo que podríamos llamar un “funcionamiento maduro” y otro a un “funcionamiento primitivo”. Este modo de comprender implica considerar una línea evolutiva, teniendo en cuenta que en cualquier momento puede entrar en actividad cualquiera de las etapas. Se puede pensar en un continuum con dos extremos opuestos entre los que se puede ubicar a un determinado momento grupal, según predomine uno u otro modo, sin que desaparezca totalmente el otro.

Una sencilla observación de los grupos y las organizaciones permite descubrir estas dos tendencias: equipos de venta en los que la competencia entre los miembros desplaza a la efectividad del trabajo; grupos deportivos en los que el objetivo es subsumido por el orden económico; escuelas urbano-marginales que escasamente pueden educar y cumplen funciones maternas, policiales o económicas con el consiguiente sufrimiento de la organización; grupos de estudio o de investigación que

pierden la actitud científica sosteniendo una ideología; etc. La tarea, el objetivo manifiesto y consensado queda desplazado.

En el otro extremo podemos mencionar experiencias grupales en las que predominan características opuestas: grupos de estudio e investigación en permanente crecimiento y creatividad, organizaciones educativas que desarrollan el aprendizaje de alumnos y docentes, equipos deportivos en los que se preservan los valores de crecimiento psico-físico, etc.

En conclusión, uno de los extremos del funcionamiento grupal, el “polo fantasmático”, representa el aspecto regresivo. En este extremo existe, para los miembros, escasa discriminación entre el mundo interno y el externo, con lo cual lo deseado, fantaseado, imaginado del otro es tomado como real. Este es un modo narcisista de vincularse, en el que el otro no es reconocido en su alteridad. Si en un grupo una gran parte de sus miembros presentan esta característica, el grupo, en su acontecer tenderá a disfuncionarse o a “burocratizarse” según la terminología utilizada por E. Pichon Rivière, J. Bleger y M. Bernard. Los grupos burocratizados son una patología de los grupos. En ellos toda la interacción, aunque en apariencia se dirija a una tarea específica, en realidad está orientada a sostener la identidad de sus miembros (Bernard, 1987). Esto significa que cada sujeto necesita pertenecer para ser, toma al grupo como prótesis de su identidad. En este punto, el grupo ha dejado de ser un medio para realizar una tarea o cumplir una meta, es un fin en sí mismo. A partir de aquí se producirá una serie de efectos tales como control omnipotente del otro, expectativas mesiánicas, rigidez en las interacciones, comunicación distorsionada, estereotipia, falta de objetividad en la percepción, etc. Bernard (1987) denominó “identidad de pertenencia” a la pertenencia grupal que sostiene protésicamente la identidad del sujeto, e “identidad de rol” a la pertenencia discriminada, desplegada en un cierto rol que el sujeto desempeña en determinado grupo, sujeto que dispone de un haz de roles para poder participar de maneras diversas en los diferentes grupos.

El llamado “polo técnico”, representa un funcionamiento grupal que tiene en cuenta la realidad, que adecua el estado emocional maduro a la

tarea, que incluye a la fantasía como pensamiento anticipatorio o como antesala de procesos creativos, los vínculos entre los miembros son de conocimiento y cooperación, existe un respeto por el rol o lugar del otro, se toleran las diferencias entre los miembros, las funciones pueden ser asumidas por otro si la tarea lo requiere, los afectos que predominan tienden a la integración y no a la desintegración del grupo, existe noción del paso del tiempo y del cambio.

Tal vez extremando la polaridad, con todos los riesgos que esto implica, pero con una finalidad didáctica, se puede desplegar la dicotomía según diferentes variables.

Variable	Polo técnico	Polo fantasmático
Estructura de roles	Movilidad, flexibilidad de acuerdo a lo que requiere la tarea o los avatares de la realidad.	Rigidez, dificultad para el cambio de roles; o por el contrario, caos, confusión y desorganización.
Comunicación	Fluidez, claridad en los mensajes. Capacidad de escucha del otro.	Malentendido, sobreentendido, ocultamiento, secreto, distorsiones.
Eficacia en la tarea	Eficacia, logro, tolerancia al error. Progreso paulatino o por saltos.	Ineficacia, imposibilidad de aprender de la experiencia. Intolerancia a la frustración.
Pulsiones sexuales	Pulsiones sexuales de meta inhibida: ternura, afecto hacia el par.	Tendencia a la actuación sexual, más o menos directa.
Pulsiones agresivas	Pulsiones sublimadas o al servicio de la defensa, de la preservación.	Tendencia a la acción violenta en el intragrupo o hacia el exogrupo.
Tiempo	Conciencia del paso del tiempo, planificación. Apertura a lo imprevisto.	Negación del paso del tiempo, parálisis o angustia por el devenir, vorágine.
Conocimiento del otro	Conocimiento de lo necesario, reconocimiento. Respeto por la autonomía, la opacidad y libertad del otro.	Control omnipotente del otro, no reconocimiento de la privacidad.
Narcisismo	Narcisismo al servicio de la cohesión grupal. Transitorio (ej. ilusión grupal).	Idealización rígida del grupo o de alguno de sus miembros.

Exogrupo	Intercambio discriminado, flexible y enriquecedor con el mundo circundante. Piel grupal porosa.	Exogrupo vivido como amenaza o inexistente. Intercambio rígido o caótico, no discriminado.
Pertenencia del sujeto al grupo	Pertenencia marcada por el rol o el lugar que se tiene dentro del conjunto. Pertenencia de los sujetos a diversos grupos.	Pertenencia al grupo como sostén de la identidad del sujeto. Sentimientos de traición por la pertenencia a otros grupos.
Realidad	Tarea y funcionamiento grupal regidos por el principio de realidad.	Interpretación subjetiva de la realidad con gran valor psíquico emocional.
Pensamiento	Capacidad para resolver problemas, integración de diversas posturas, expresión y discusión verbal de las ideas. Deseo de conocer, investigar. Reflexión.	Repetición de las dificultades. Palabras-acción que tienden a provocar un efecto en el sujeto o en el otro, no tienden a comunicar.
Emocionalidad	Predominio de los afectos cálidos de meta inhibida. Cooperación. Afectos que acompañan al pensamiento y a los procesos creativos.	Emociones intensas, tanto amorosas como agresivas invasoras del yo y de la tarea.
Creatividad	Apertura para lo nuevo, lo no estructurado, para el juego de la fantasía, lo original; conjugado, a su tiempo, con la realidad.	Obturación de los contenidos nuevos. Contenidos originales pero bizarros, caóticos, fuera de contexto, desestructurantes en exceso o psicóticos.

Este modo de representación espacial (las dos tendencias en un continuum con dos extremos, o la tabla de doble entrada) si bien permite imaginar y comprender que un determinado funcionamiento grupal puede ubicarse en un punto de la recta más cerca o más lejos de uno de los polos extremos, y con ello se evalúa la proporción de una u otra tendencia actuante, tiene sus limitaciones.

Es un esquema que enfatiza lo evolutivo, desde lo más regresivo a lo más maduro o evolucionado. Sin embargo ambas tendencias coexisten, y muchas veces en conflicto. Por ejemplo, según el dispositivo técnico utilizado y según la pericia del coordinador, un grupo puede estar trabajando sobre el polo técnico gracias a la disociación de importantes

aspectos regresivos que buscan, sin encontrarla, una grieta por donde canalizarse y expresarse. Otras de las limitaciones del esquema lineal es que no alcanza a representar toda la contribución emocional regresiva que hace lo inconsciente al polo técnico, aspecto que se evidencia, por ejemplo, en los procesos creativos.

La tabla tampoco puede mostrar la multideterminación de los fenómenos grupales. Por ejemplo, puede suceder que se observe un grupo de alumnos cuyas características lo ubiquen en el polo fantasmático. Este dato puede tener un valor relativo al relacionarlo con la institución educativa de la que el grupo forma parte o con la cultura de la comunidad en la que nace.

Por otro lado, un funcionamiento calificado de regresivo puede ser una reacción defensiva ante la imposibilidad de desarrollar aspectos más maduros como la autonomía. A la inversa, funcionamientos adecuados a la realidad pueden ser sobreadaptaciones grupales sentidas como estrategias de supervivencia en un medio amenazante.

Por lo tanto, luego de ver la tabla anterior, se la puede poner en cuestionamiento y discusión desde una perspectiva más compleja.

5. Un ejemplo: Apolo 13

En 1995, en Estados Unidos, se realiza la película: “Apolo 13”. El film, relata los problemas de la fallida misión lunar y desarrolla las peripecias del grupo de tres astronautas, Jim, Jack y Fred, y de una organización como la NASA, en el intento frustrado de llegar a la Luna. Las escenas centrales se despliegan dentro de un clima de desesperación por traer la nave y sus tripulantes a la Tierra. Se analizarán algunos tramos a modo de ejemplo.

El primer fragmento que se tomará es aquél en que el Director de la NASA, le plantea al comandante de la nave, Jim, que uno de los astronautas, Ken, no podrá realizar el vuelo porque puede estar incubando

sarampión. Los tres astronautas, Jim, Ken y Fred, han realizado juntos todo su entrenamiento y en este momento la salud de Ken lleva al planteo de reemplazarlo por otro hombre: Jack.

Jim: *¿Quieren alterar mi tripulación dos días antes del lanzamiento? ¡Nosotros tres anticipamos lo que cada uno va a hacer! ¡Nos basta con el tono de la voz!*

Director: *Ken se enfermará. Cuando ustedes estén saliendo de la Luna no es momento para tener fiebre.*

Jim: *¡Pero Jack no ha practicado nunca con nosotros!*

Director: *Sí, pero reúne los requisitos.*

En este fragmento, Jim expresa lo que es un grupo. Cada uno de ellos puede anticipar los movimientos del conjunto. Se ha generado un código comunicacional que va más allá de las palabras, lo cual requiere haber compartido una serie de experiencias a lo largo de un cierto tiempo. Esta armazón de vínculos, de ligaduras plenas de significado, es un elemento central en un grupo. Es evidente que se trata de complejas ligazones afectivas que van más allá de la operatividad que tengan las personas para realizar la tarea, por lo tanto, el hecho de que Jack reúna los requisitos es necesario pero no es suficiente para la vivencia de pertenencia a este grupo. Hay algo que habrá que modificar y algo que habrá que construir para que salga Ken y entre Jack al grupo, para que surja un “nosotros” diferente en la última expresión de Jim. Dicho de otro modo, el todo es más que la suma de las partes.

En este trabajo psíquico de rearmado de la grupalidad queda una fisura que tendrá su costo. El nuevo grupo de Jim, Fred y Jack hace su práctica en el simulador de vuelo. Jack, el nuevo integrante, se equivoca y las miradas caen sobre él. La desconfianza, el error que puede acarrear la muerte, la equivocación, ya tienen un nombre para el grupo: Jack. El mismo Jack, como parte de la escena grupal, se ubica en este lugar cuando comenta al asistente que le está colocando su traje antes del despegue: “les voy a

encantar como piloto”, expresión que evidencia su preocupación por un “desencanto”. Se ha armado un nuevo grupo en donde los tres han encontrado el lugar del error: Jack.

Ya estando los tres hombres en vuelo, mantienen comunicación permanente con Houston, donde los directivos de la NASA les dan indicaciones. Les ordenan que agiten los tanques de oxígeno. Jack los agita y se produce una explosión con la consiguiente pérdida del gas.

Jack: *Tenemos un problema.*

Jim: *¿Qué hiciste?*

Houston: *Estamos viendo cuatro fallas en la lectura de los datos. ¿No puede ser real!... Deben ser los instrumentos que están fallando.*

Nave: *Aseguren la escotilla, quizás fue un meteoro.*

Houston: *Avisen a los técnicos, despierten a los que haga falta. Vamos a solucionar el problema, no empecemos a adivinar.*

La existencia de un problema parece colocar a Jack en el lugar del que “hizo algo para generar un problema”. Jim se defiende del posible error encontrando un culpable: ¿Qué hiciste? le pregunta a Jack. Creyendo encontrar la causa, toda la incertidumbre se disuelve. Este ordenamiento grupal, propuesto ahora por Jim, es aceptado por todo el conjunto. Fred también va a acusar más tarde a Jack. No se siente bien de salud y culpa a Jack por esto. Se llega a la conclusión acerca de la culpabilidad de Jack, pero no se llega a través de una evaluación de la realidad, a través de métodos racionales, sino a través de una creencia construida anteriormente. Se pone en marcha la brecha dejada en la constitución del nuevo equipo: nadie podrá reemplazar adecuadamente a Ken. Este modo de funcionamiento que solemos llamar “chivo expiatorio” está sustentado en una serie de emociones que se ponen en juego a través de fantasías que no son pensadas, evaluadas de manera racional por el grupo. Una de las consecuencias primeras es el abandono de la tarea, pues “si ya se sabe lo que pasó y quién es el

responsable, no es necesario investigar, pensar”. Se cierra toda percepción de lo distinto a lo que se imagina. En el mismo camino está la conclusión de que la falla está en el instrumental de lectura y no que se trata de una lectura que refleja un problema real, lo que significa “no existe realmente el problema, Houston no puede tener dificultades”.

Como síntesis, hasta aquí observamos: apreciación subjetiva de la realidad, negación de la misma, rápida ubicación de la culpa en el chivo expiatorio, vínculos de ataque y la tarea, que es resolver el problema, queda sin consideración. Estos fenómenos no son conscientes para los miembros. Este funcionamiento grupal queda abruptamente detenido y la tarea es recuperada gracias a la intervención del comandante de Houston. Él es quien muestra al equipo que “están inventando” y recurre a la realidad y al conocimiento técnico, única forma de “solucionar el problema”.

Se tomará un último fragmento que es quizás el momento emocional más álgido en el interior de la nave. Jack plantea que la nave va demasiado rápido, que hay problemas evidentes con el oxígeno y que Houston no quiere decirles que morirán.

Jim: *De las mil cosas que tienen que suceder, vamos por la 8. Tú ya llegaste a la 692.*

Jack: *Te digo que vamos demasiado rápido. Creo que por eso no tenemos plan de descenso. (Houston no se los ha dado).*

Jim: *(enojado) Muy bien. Gracias, Jack.*

Sin querer, Jack se golpea la cabeza con el techo de la nave y enojado, la insulta.

Fred: *Esta nave es la que te llevará a tu casa. ¡Es lo único que nos queda Jack!*

Jack: *¿Qué insinúas?*

Fred: *Tú lo sabes.*

Jack: *¡Un momento! Lo único que hice fue agitar los tanques.*

Fred: *(chequeando los cálculos de oxígeno) ¿Qué presión tenían?*

Jack: *¡No me digas lo que tengo que hacer! Me pidieron que agitara los tanques y lo hice.*

Jim: *Jack, deja de criticarte a tí mismo.*

Jack: *No fue culpa mía.*

Jim: *Nadie te ha acusado. Si hubiese estado en tu lugar los hubiera agitado yo.*

Jack: *¡Díselo a él!*

Fred: *Te pregunté qué presión tenían y no lo sabías.*

Jim: *Señores, no vamos a estar peleando por 10 minutos porque acabaremos igual. ¡Tratando de salir vivos!*

(Fred calcula el nivel de bióxido de carbono)

Fred: *Ya sé por qué me equivoqué: lo calculé para dos personas.*

Jack: *Será mejor que no respire...*

En este fragmento se produce una ida y vuelta permanente entre la imperiosa necesidad de conocer la realidad de los hechos y la invasión emocional de miedo, culpa y persecución. Se producen intensas ansiedades persecutorias que generan desconfianza hacia Houston, hacia el exogrupo. Se atribuyen significados irreales al silencio de la Base en cuanto a un plan de descenso. A partir de allí se genera un racimo de conclusiones planteadas como certezas absolutas. Es Jim quien trae la discusión a la realidad y trata de poner un freno al planteo anterior, incluye la posibilidad de pensar: “Vamos por la octava cosa, falta mucho, hay tiempo, frenemos” parece decir. Esta propuesta de pensamiento no tiene cabida en los otros dos integrantes y continúa el descontrol motriz y verbal. Aparece entonces en forma manifiesta lo que había estado presente desde el comienzo: una estructura de roles en la que se busca un depositario blanco de ataques, un culpable, un “chivo expiatorio”. La desconfianza de Fred lo lleva a un control omnipotente sobre el lugar y la función de Jack. La posibilidad de poner este argumento de manifiesto permite al grupo darse cuenta de lo que les está sucediendo. A partir de allí surgen espacios de elaboración y cambio. La culpa comienza a descentrarse de Jack: Jim hubiera hecho lo mismo y

Fred también se equivoca. Jack puede hablar y comunicar a los otros el lugar designado que ocupa diciendo “será mejor que no respire”, lo que significa “el problema que tenemos se relaciona con mi inclusión en este grupo”. Hay un reposicionamiento de los lugares de cada uno, el error es una posibilidad en todos, se produce una toma de conciencia del paso del tiempo real (10 minutos es mucho en esa situación de urgencia), la incertidumbre es más tolerada (Houston no es reclamado como dador absoluto), surge la confianza dentro del grupo y con Houston.

Puede ser de utilidad considerar uno de los hechos centrales en la película, la intervención de Ken. Ken, el miembro que quedó en tierra, es buscado por los directores de Houston para que colabore en el momento de urgencia. Es quien a pesar de la distancia puede integrarse a la tarea común buscando una solución desde su lugar, para lo cual hace uso no sólo de sus conocimientos técnicos sino también de toda la experiencia vivida con los otros integrantes.

Esta es una de las condiciones que algunos autores sostienen para considerar que un agrupamiento de personas constituye un grupo en el sentido psicológico del término: que cada uno de los miembros haya construido en su mundo interno un conjunto de representaciones entrelazadas de las experiencias reales y fantaseadas con los otros, es decir, una representación mental global del grupo al que pertenecen.

Referencias

- Anzieu, D. y Martin, J. (1972). *La dinámica de los grupos pequeños*. Buenos Aires: Kapeluz.
- Anzieu, D. (1987). *El Yo-Piel*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Anzieu, D. (2000). El yo-piel familiar y grupal. *Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares. Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 13 (1), 67-81.
- Bernard, M. (1987). Los grupos burocratizados. En Bernard, M. (2006), *El trabajo psicoanalítico con pequeños grupos* (pp. 25-46). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Bernard, M. (2001). Vínculo y relación de objeto. *II Congreso Argentino de Psicoanálisis de Familia y Pareja*. Buenos Aires, 1, 31-43.
- Bion, W. (2006). *Experiencias en grupos*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1987). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas* (Vol. 7, pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu editores (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1987). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas* (Vol. 13, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu editores (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1987). El malestar en la cultura. En *Obras Completas* (Vol. 11, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu editores (Trabajo original publicado en 1930).
- Freud, S. (1994). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En *Obras Completas* (Vol. 13, pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu editores (Trabajo original publicado en 1913).
- Grinberg, L.; Sor, D. y Tabak de Bianchedi, E. (1991). *Nueva introducción a las ideas de Bion*. Madrid: Tecnipublicaciones S.A.
- Kaës, R. (1995). *El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

- Kaës, R. (2000). Pulsión e intersubjetividad. *Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares. Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 13 (1), 113-130.
- Moreno, J. (2010). *Ser humano. La inconsistencia, los vínculos, la crianza*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Neri, C. (1997). *Grupo. Manual de psicoanálisis de grupo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rosenfeld, D. (1971). *Sartre y la psicoterapia de los grupos*. Buenos Aires: Paidós.

2- El grupo como objeto de conocimiento²

Silvia Muzlera
Érica Guidolín
Graciela Kahane de Gordon
Patricia Puebla

Introducción

En este texto nos vamos a ocupar de algunas ideas surgidas en el ámbito de nuestro quehacer docente. A lo largo del tiempo hemos observado con frecuencia la ocurrencia de ciertos fenómenos que se producen en los alumnos durante el aprendizaje de nuestra asignatura sobre grupos.

Como docentes nos hemos abierto al aprendizaje y a la enseñanza de una diversidad de recursos técnicos construidos en el marco de la teoría psicoanalítica de grupos. Nuestra propia formación grupal partió sólo de dos dispositivos: el de grupo terapéutico y el de reflexión. Con el tiempo buscamos y desarrollamos diversas ramas del conocimiento, tratando

² El presente texto es una reelaboración de *El grupo como objeto de conocimiento*, presentado en las Primeras Jornadas Cuyanas sobre Vínculos, organizadas por la Asociación de Psicoanálisis de Pareja, Familia y Grupo. Tema: *Los vínculos: una posibilidad de cambio*. Mendoza, 9 de octubre de 2010.

de reflexionar sobre las vivencias que se suscitan cuando se incorporan nuevos contenidos que se integran o que cuestionan los anteriores. Nos hemos tomamos como objeto de nuestra propia auto-observación y esta tarea nos preparó también para la observación de lo que sucede durante el aprendizaje que los alumnos realizan en nuestras clases.

Son tres los sentidos del título:

- nosotras, como grupo de docentes, que se toma así mismo como objeto de conocimiento;
- el grupo de alumnos en proceso de aprendizaje, que es, para nosotras, objeto de observación y estudio;
- el grupo, como contenido curricular de la materia, es objeto de aprendizaje para los alumnos.

Desarrollo

1. Los alumnos... ¿sumatoria de individuos o grupo constituido?

Responder a este interrogante es fundamental para comprender cómo se opera durante el proceso. Si se piensa al grupo como medio-soporte de aprendizaje, la incorporación de los conocimientos puede resultar favorecida u obstaculizada según el conjunto pueda constituirse como tal o funcione sólo como una sumatoria de individuos.

Cuando las personas se reúnen, surgen interacciones evidentes a través de las cuales se comunican conscientemente y a la vez se va conformando lo que se denomina la “dimensión psicológica del grupo”. Si enfocamos la mencionada dimensión notaremos que todo grupo pasa por momentos evolutivos durante su constitución. Los miembros se relacionan de modos distintos entre ellos y con la tarea, dependiendo de si se

encuentran incluidos en un grupo preformado o en los inicios de su constitución.

Nuestra hipótesis es que cuando aún el grupo no se ha constituido como tal, y, además, si los sujetos se ven obligados a interactuar en clases numerosas, la productividad será menor, dado que no existirá el clima de confianza y reciprocidad mínimas que habilite la imaginización de un cuerpo común. No existirá aún una “representación intrapsíquica del grupo” que apunte al “Yo” que está obligado a actuar con otros “Yoes”, que está impelido a abrirse a las representaciones de los otros psiquismos, a soportar los topes provenientes de los demás, así como a enfrentarse a las identificaciones proyectivas e introyectivas entre los miembros. Ésta es una tarea altamente emocional que se suma a la de incorporar nuevos conocimientos.

El apuntalamiento (Kaës, 1992) en una “representación psíquica del grupo” adquiere mayor relevancia si se considera que toda experiencia de formación conlleva una modificación del sujeto por la movilización de planos intrapsíquicos, es decir, de sus procesos psíquicos primarios, de sus pulsiones. Todo nuevo conocimiento replantea lo ya aprendido, la relación con el sí mismo y con el mundo externo social y material.

Si el grupo alcanzó a constituirse, el “nosotros”, creado en principio como representación intrapsíquica del conjunto, puede oficiar de contrafuerte ante tantos efectos de desapuntalamientos subjetivos (Kaës, 1992). En este caso, una grupalidad constituida permite soportar las dificultades del aprendizaje y las resistencias que implica esta tarea.

En los alumnos, la grupalidad puede ser resistida en dos planos. Por un lado como “experiencia” en la medida en que la “angustia de no asignación” (Bernard, 1993) aún no ha sido velada por la fantasía de la “ilusión grupal” (Anzieu, 1972) cuando aún se está en los inicios de la formación como grupo. La “angustia de no asignación” derivada de la angustia de desamparo originario, es la angustia experimentada ante la fantasía y el temor de no pertenecer a un conjunto, de no quedar incluido. Esta angustia es el motor en la búsqueda de la inclusión en un conjunto y

queda resuelta cuando el grupo puede vivenciar el fenómeno que Anzieu describiera como “ilusión grupal”, caracterizado por una fusión y una idealización del grupo como tal. La ilusión grupal, entonces, resuelve la resistencia a la pertenencia.

En segundo lugar, la grupalidad puede ser resistida “conceptualmente” al desconocerse la existencia de la dimensión psíquica de la misma, al no poder comprender e incorporar los fenómenos y las complejidades que determinan que la agrupación no sea una sumatoria de individuos. Aprender que el grupo constituido es una configuración con sentido propio y no una sumatoria de individuos requiere un importante tiempo de elaboración.

En nuestra experiencia hemos trabajado con los alumnos este plano de la grupalidad y de sus resistencias. Les hemos propuesto auto-observarse como sujetos y observar también al grupo de aprendizaje que constituyen. Sabemos que esto último coloca a los sujetos en una situación de trabajo psíquico que es inevitable.

Existen ejemplos innumerables que son el reflejo de esta exigencia de trabajo psíquico. A continuación transmitimos algunos testimonios de alumnos que dan cuenta de sus propias reflexiones sobre las resistencias a considerar al grupo como una totalidad, dificultad por la que en diferentes momentos de la vida, todos transitamos.

Dicen los alumnos acerca de cómo consideran sus propias resistencias:

En una salida de amigos sucedió que no podía ir el que considerábamos el más gracioso del grupo. Esto nos hacía pensar que no iba a ser divertido, y con esto, cada uno se aislaba del grupo sin poder apreciar el conjunto. Se produjo allí entonces, una idealización de uno de los integrantes del grupo al hacerlo responsable del buen momento, sin tener en cuenta que los otros miembros podrían aportar lo suyo para pasarla bien.

En un equipo de fútbol, después de varios partidos perdidos, comenzamos a plantearnos que el problema estaba en la defensa,

mientras que algunos pensaban que en el arquero y otros en el árbitro. No lográbamos pensar en que el problema podía estar a nivel grupal, que había aspectos en el equipo a mejorar. Cuesta observar al grupo como objeto de conocimiento, porque exige tomar cierta distancia de él, lo cual no es sencillo porque exige un trabajo psíquico.

Cuando realizamos un trabajo con compañeros del curso, los resultados obtenidos pasaron a ser logros personales de quien propuso la idea directriz sobre la que se trabajó durante el proceso, sin ver el aporte que hizo el resto de los alumnos, cuando el que propuso la idea directriz es sólo uno y necesita del resto para llevar a cabo el trabajo.

En quinto año existen alumnos con diversas preferencias teóricas: psicoanalíticas, sistémicas, existenciales, etc. Suelen formarse sub - grupos según la preferencia, dejando de lado a los que piensan distinto. Entonces, a la hora de compartir opiniones respecto de un caso, solemos no tener en cuenta las opiniones que llegan desde aquéllos que piensan desde otra perspectiva teórica. Lo diferente es vivido como peligroso y amenazante, por lo que toda grupalidad es evitada o desestimada por temor.

Estos son algunos ejemplos que nos permiten ver las renuencias a tomar la totalidad como objeto de conocimiento y a vernos incluidos en ella. El pedir a los alumnos el ejercicio de percibir en sí mismos estas dificultades, puede contribuir al proceso de ir conformando un grupo de aprendizaje entre ellos. Al mismo tiempo puede favorecerse la percepción del conjunto total, elemento indispensable a la hora de tener, ellos mismos, que desempeñarse como coordinadores.

2. El grupo como objeto de conocimiento de los alumnos

Se ha observado un cierto a priori, que se sostiene desde los alumnos y desde el contexto social profesional general, acerca de lo fácil que sería trabajar con grupos.

Como nuestra materia se desarrolla al mismo tiempo en que muchos alumnos comienzan sus prácticas, hemos tenido la posibilidad de

recibir sus pedidos de orientación cuando ellos mismos se proponen trabajar con grupos. Idénticas expresiones se escuchan de distintos profesionales en la recepción de consultas externas, otra función que el equipo docente desarrolla en la facultad. En estos espacios es donde hemos podido observar ideas como las siguientes.

Yo cité a todos los padres para el taller, pero no vino ninguno y no pude trabajar.

Esta expresión muestra un sentimiento de frustración y en ocasiones de enojo con las personas citadas que no concurrieron al encuentro. Desde una perspectiva técnica, la situación merece un análisis detenido de la necesidad o demanda de los padres mencionados, o un análisis de la construcción de la misma convocatoria. La consideración de la existencia de la demanda, o en su defecto, la creación de la misma, es un paso previo a la convocatoria de las personas.

Ya que estaba allí, junté a las maestras del jardín para preguntarles qué podían necesitar que yo hiciera, para que me dijeran cómo se sentían. Al final se pusieron a pelear entre ellas y todo terminó mal.

Vemos aquí expresada una situación frecuente: la emergencia de un fenómeno grupal regresivo inesperado para el coordinador. Al contrario del “ya que estaba allí”, tenemos la posibilidad técnica de construir un dispositivo de abordaje que nos permita regular la intensidad de la regresión del conjunto y disminuir o evitar el riesgo de *actings* impulsivos grupales.

Son pacientes post-operados y en el grupo trabajamos en forma interdisciplinaria con la nutricionista. No sé bien qué hacer, a veces los pacientes lloran y creo que es mi área como psicólogo, pero... no sé bien qué hacer.

Coordinar significa también intervenir, pero solamente la elección del dispositivo específico para una situación, dará la claridad acerca de qué tipo de intervenciones son las útiles. Las intervenciones informativas, como puede ofrecer una nutricionista, requieren un dispositivo o un espacio-tiempo diferente al que se construye para abordar los fenómenos emocionales.

Y bueno, no se puede tratar a cada uno, no hay tiempo, así que el director nos dijo que armáramos un taller y listo. Aunque sea, algo se hace.

Es muy usual que la palabra “taller” sea utilizada para hacer “algo” con varias personas y así poder otorgar alguna asistencia a la creciente demanda psicológica. El riesgo de estas situaciones es que se seleccione “alguna” tarea o dinámica para proponerle al grupo sin tener en cuenta la importancia de los procesos elaborativos grupales. Entonces se produce una descarga en el “hacer” y se pierde la oportunidad de abrir procesos de cambio intrapsíquico en los asistentes a la reunión grupal.

El desconocimiento de la dimensión inconsciente de los grupos, de las etapas de su evolución y sus funcionamientos respectivos, puede conducir a la convicción de que juntar a las personas en un espacio-tiempo para que interactúen es como sumar individualidades. Entonces, lo que el coordinador observaría en ese caso, serían fenómenos individuales que ocurren a un mismo tiempo o sucesivamente. Si se encara desde esta perspectiva una tarea con personas agrupadas, luego surgirán “complicaciones” que no se comprenden y sobre las cuales no se sabe cómo operar. Esto es así porque son asuntos de otro orden –vincular, intersubjetivo–, que implican un proceso de aprendizaje para poder ser observados y comprendidos. Los alumnos que estudian y se preparan para comprender lo que sucede en el psiquismo individual suelen arrojar este a priori epistemológico sobre la mirada grupal.

Hemos observado que esta fantasía acerca de la facilidad de trabajar con grupos, tarea para la cual no sería necesario un conocimiento previo, está muy difundida. Inclusive, si consideramos los contenidos de cualquier carrera de psicología, podemos ver la diferencia siguiente. Existe una considerable cantidad de materias técnicas dedicadas al abordaje psicológico del sujeto. Sin embargo, son escasos los conocimientos técnicos para el abordaje de grupos. Paradójicamente, los alumnos suelen comenzar sus prácticas abordando grupos. Los jóvenes profesionales tienen algún conocimiento que les permite realizar el diagnóstico de un sujeto, pero no lo suficiente como para realizar el diagnóstico de un grupo.

Esta fantasía de la facilidad del abordaje grupal, lleva, según hemos observado, a experiencias de intensa frustración en la medida en que los fenómenos regresivos presentes en todos los grupos, invaden el espacio psíquico y quien coordina se siente desbordado, impactado y paralizado.

Algo semejante sucede en el aprendizaje a lo largo del año de cursado. A medida que se avanza en los conocimientos se produce una especie de temor generalizado donde la sensación de los alumnos es que es excesivamente difícil trabajar con grupos, que no van a poder. Los invade una vivencia de incapacidad que pensamos como reactiva a la fantasía de facilidad con la que inician el cursado. Promediando el último tercio del año ya suele producirse una elaboración de la situación, en la que sienten que es posible trabajar con grupos con adecuados conocimientos técnicos y con responsabilidad. Esto los alivia y muchas veces los lleva a seguir aprendiendo con posterioridad al cursado.

3. *Y ahora, con este grupo..., ¿qué hago?*

Esta es la pregunta que explícita o implícitamente nos manifiestan los alumnos. Observamos una insistencia en el “hacer” en detrimento del “observar, comprender y luego, si es necesario, hacer”. Los alumnos piden indicaciones nuestras para “hacer algo con” o “manejar a” los

grupos. Cuando ensayan sus intervenciones verbales como coordinadores o terapeutas tienden a hacer lo mismo con los miembros del grupo, les dicen “qué tienen que hacer”. Encontramos, entonces, una dificultad para “pensar”.

Expresan:

Los integrantes dejan de venir... Vino sólo uno... No hablan... No se escuchan... Se agredieron... ¿Qué tengo que hacer?

Surge un estado de perplejidad del cual puede inferirse el encuentro con lo desconocido, con lo incomprensible, y el grupo comienza a ser vivido como una especie de “monstruo”.

Pensamos que la pregunta *¿qué hago?*, es en realidad *¿qué hago para que esto no suceda?*

Por ejemplo: si los miembros del grupo están dejando de venir, ¿qué hago para que esto no suceda? Los miembros del grupo se agredieron, ¿qué hago para que se calmen? No se escuchan, ¿qué hago para que se escuchen? Planteadas así las cosas dentro de los pensamientos del coordinador, el eslabón siguiente es una intervención del tipo “es importante que no falten a las reuniones”, o “no es bueno que se peleen”, o “sería útil que el grupo escuche la opinión de fulano”.

Estas intervenciones directivas no consiguen más que un leve y transitorio acatamiento de la orden emitida. Pues rápidamente la dramática inconsciente se vuelve a apoderar del funcionamiento grupal y el coordinador se enfrenta con el mismo “monstruo” que intentó encarcelar.

Este énfasis en el “hacer” impide ver el “valor significativo” que tienen esas manifestaciones. Por ejemplo, si en un grupo se producen ausencias, podemos comprender estas ausencias de muy diversos modos otorgándoles un “valor significativo”: tal vez deriven de un temor a agruparse y perder la identidad, tal vez se deban a la resistencia a acercarse a ciertos conflictos, tal vez sea un modo de preservar al mismo grupo de la violencia del encuentro, etc., etc. Podemos hacer lo mismo con el resto de las

manifestaciones grupales, es decir: observarlas, comprenderlas, pensarlas y por último trabajarlas por medio de alguna intervención pertinente que produzca efectos elaborativos en el sujeto y en el grupo. Tal vez, al final, si el proceso ha tenido éxito, podrá ese grupo juntarse o no agredirse o escucharse. Pero sólo al final de un proceso elaborativo. Este trabajo psíquico del coordinador es el que es evitado con la pregunta dirigida directamente al *¿qué hago?*

Observar, reflexionar sobre lo observado, para luego finalmente operar, requiere contar con la información teórico-técnica que es el soporte del quehacer psicológico. Este aprendizaje también lleva su tiempo y, en ocasiones, lo evitado, al decir de Bion (2006), es “aprender de la experiencia”.

4. Algunos interrogantes finales

¿Será quizás que como especie gregaria, desde nuestras fantasías más ancestrales seguimos relacionando la idea de grupo con un conjunto de personas reunidas alrededor del fuego cálido de los afectos?

¿Será esta fantasía una especie de “ilusión grupal interna”, que nos permite comenzar a trabajar con grupos sin experimentar en estos inicios la inevitable frustración del aprender de la experiencia?

El fuego cálido de los afectos es el elemento de supervivencia del grupo en la medida en que pueda perdurar a pesar de las encendidas pasiones narcisistas, violentas y destructivas de nuestra misma especie. Nuestro trabajo con grupos intentará agregar un leño más al encuentro cálido de la supervivencia.

Referencias

- Anzieu, D. y Martin, J. (1972). *La dinámica de los grupos pequeños*. Buenos Aires: Kapeluz.
- Bernard, M. (1993). El psicoanálisis de las configuraciones vinculares. En Bernard, M. (2006), *El trabajo psicoanalítico con pequeños grupos* (pp.133-144). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Bion, W. (2006). *Experiencias en grupos*. Buenos Aires: Paidós.
- Kaës, R. (1992). Apuntalamiento múltiple y estructuración del psiquismo. *Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares. Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 15 (2), 15-36.

3- El dispositivo grupal: un artificio técnico

**Silvia Muzlera
Patricia Puebla**

En este capítulo se enfatiza la importancia que adquieren los elementos técnicos que fundamentan la práctica grupal ya que la construcción de un dispositivo de trabajo determinará buena parte de la calidad de elaboración de la experiencia.

1. Acerca del concepto de “dispositivo”

El vocablo “dispositivo”, en términos generales, significa artificio, mecanismo, artefacto, órgano o elemento de un sistema. Tiene la finalidad de producir y/o abrir un área de observación de un determinado fenómeno que está en consonancia con un objetivo. Por ejemplo, si el objetivo es destapar una botella de vino, se puede utilizar un sacacorchos, un dispositivo diseñado para ello.

Aplicando este concepto al campo del trabajo psicoanalítico con grupos, el dispositivo delinea las condiciones materiales para el despliegue de la realidad psíquica grupal. De esta manera la luz se dirige sobre los

procesos inconscientes que surgen en el agrupamiento, sobre la dimensión vincular inconsciente.

Norberto Inda (1991, 2) expresa que “el dispositivo enmarca, sitúa, propone la estabilización de ciertas variables para que otras se vuelvan objeto de estudio”.

Sara Moscona (2001) entiende los dispositivos psicoanalíticos como recursos o instrumentos que el coordinador tiene a disposición para generar las condiciones de reflexión y variaciones en la subjetivación, necesarias para el despliegue de la situación analítica vincular. La lectura de los efectos de su aplicación, se realizan con posterioridad.

Inda (1991, 1) sostiene que “el dispositivo montado para el análisis grupal (...) es un conjunto de reglas y procedimientos analíticos que, incluyendo un encuadre témporo-espacial, definen las condiciones materiales para que el despliegue del proceso analítico sea posible”.

René Kaës (2005, 74) lo define como “la composición artificial de elementos distintos destinados a producir efectos de trabajo psíquico”. Describe al dispositivo como un elemento de trabajo, un artificio técnico, una construcción, una manera adecuada de acceder a un campo, a un objeto. El dispositivo encuadra y al mismo tiempo produce el objeto de conocimiento. Resulta imposible el abordaje de una dificultad-objeto si no se pueden producir y visualizar las condiciones que la determinan.

El dispositivo seleccionado y la situación que se desarrolla a través de él, explica Kaës (2005), pueden soportar variaciones limitadas y ajustadas a las particularidades de la práctica. Estas variaciones otorgan un margen para la invención, y resulta necesario rendir cuentas de los efectos de la misma.

Joel Zac (citado en Etchegoyen, 2005, 550) sostiene que “en el tratamiento psicoanalítico existen tres tipos de constantes”. Las “constantes absolutas” son las derivadas de la teoría, guardan relación con las hipótesis definitorias del psicoanálisis. Las “constantes relativas” que dependen del analista incluyen sus rasgos de personalidad, su ideología científica, así

como elementos más concretos como las características físicas de su consultorio. El tercer tipo son las “constantes que dependen de la pareja” que forman analista y analizado, tal como la determinación de la hora de la sesión. Si bien estos conceptos han sido pensados para el tratamiento individual, pueden ser un marco referencial para pensar la variabilidad de las constantes en los abordajes grupales.

En síntesis, se delinearán tres órdenes de fenómenos. En primer lugar están las prescripciones metodológicas del psicoanálisis que todo dispositivo grupal cumple como constantes, condición para que la práctica psicoanalítica sea posible. En segundo lugar, está el margen de las variaciones, elemento de creatividad e invención que se construye en el interjuego entre la oferta del coordinador y la demanda de los miembros, campo de donde surgirá el diseño del dispositivo más conveniente según los requerimientos de la práctica. Y en tercer lugar están los fenómenos de producción psíquica inherentes al trabajo único y original que, independientemente de las especificaciones de cada dispositivo, se producen en razón del vínculo que se construye entre los sujetos agrupados incluido el analista.

2. Dispositivo, encuadre y situación psicoanalítica

En relación al método psicoanalítico, Anzieu (1993) considera que si bien es cierto que siempre y en cualquier circunstancia el inconsciente produce sus efectos, éstos pueden ser susceptibles de tratamiento científico, solamente si se instaura una “situación psicoanalítica” regida por reglas precisas que garanticen la correcta interpretación de los efectos del inconsciente.

Etchegoyen (2005) define la “situación analítica” como un lugar, un sitio, un espacio sin tiempo, donde se establece la singular relación que involucra al analizado y al analista con papeles bien definidos y objetivos formalmente compartidos en cuanto al cumplimiento de una

determinada tarea. La situación analítica es ahistórica, atemporal, no preexiste al momento en que se constituye. Es sincrónica, mientras que el proceso analítico es diacrónico. El encuadre es el marco que requiere la situación para poder establecerse, otorga las normas que la hacen posible.

Según Anzieu (1993) la práctica psicoanalítica, en permanente desarrollo, genera espacios de descubrimiento y producción de lo inconsciente. En tanto sea psicoanalítica, se ciñe a las condiciones generales de un trabajo psicoanalítico y se adecua en función de:

- la naturaleza de los sujetos que aborda: individuo, pareja, familia, grupo, institución,
- la problemática que pretende alcanzar: diagnóstico, terapia, formación, intervención en un ambiente natural,
- la tarea simbólica que propone a los sujetos: hablar, dibujar, trabajar con determinado material, improvisar un rol, producir o interpretar un material, etc.

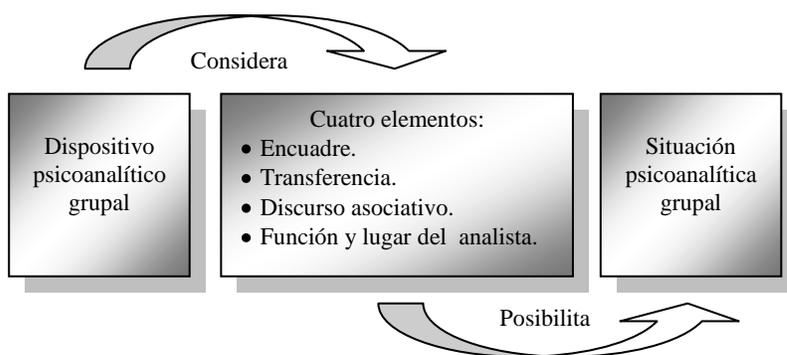
Todo trabajo psicoanalítico en grupos, aunque diverso, se enmarca, entonces, dentro de condiciones específicas que garantizan el trabajo con el inconsciente, ya sea en el sentido de develarlo (hacer conscientes contenidos inconscientes) o producirlo (crear nuevas inscripciones inconscientes).

Anzieu (1993) se ha ocupado de estudiar y describir la situación psicoanalítica de los pequeños grupos de formación. Explica que ésta debe estar basada en dos reglas: abstinencia y no omisión. La primera se refiere al rehusamiento del coordinador o terapeuta a responder a las demandas de los miembros basadas en la transferencia, es decir, la abstinencia a satisfacer los deseos de los miembros del grupo que implican la puesta en escena de una problemática dramatizada. Es así como un grupo dependiente, que ha depositado en el coordinador el saber, demandará de él consejos y directivas, enajenándose (en el sentido de “volviéndolas ajenas”) de las propias capacidades. La segunda regla, la de no omisión, se refiere a la expresión espontánea, por parte de los miembros, de lo que aparece en la conciencia. Se trata de la asociación libre que en la situación de grupo se transforma en

la cadena asociativa grupal. Esta última es a la vez una regla de libre expresión, de obligación de hablar. Esta cadena asociativa verbal irá acompañada, contrariada o complementada con la expresión paraverbal, gestual y postural que el cara a cara grupal incita. Anzieu (1993) plantea que cualquier otra regla, consigna o recomendación que no sean éstas o sus variantes, son instrumentos de defensa contra la transferencia, puestos al servicio tanto de los participantes como de los coordinadores del grupo.

Para Kaës (2005) existen cuatro elementos que son condición para que se produzca una situación psicoanalítica grupal:

- Las invariantes del encuadre.
- La formación de los fenómenos de la transferencia.
- La construcción de un discurso asociativo por efecto de la regla de la asociación libre.
- El lugar y la función del psicoanalista en esta situación.



Al introducirse en el tema de los dispositivos, surge inevitablemente la pregunta acerca de si este concepto es equivalente al de encuadre, o si existen diferencias, cuáles serían las mismas.

Algunos autores no establecen diferencias entre ambos términos. Pueden concebirse como conceptos asociados, siendo el de dispositivo más amplio que el de encuadre.

Kaës (2005) considera que *dispositivo* y *encuadre* son conceptos solidarios, ya que ambos se complementan en la práctica.

El dispositivo incluye al encuadre como uno de sus elementos. El encuadre hace referencia específicamente al lugar, al tiempo (el ritmo de la sesión, la duración de las mismas) y a la modalidad de pago. Así el encuadre puede adaptarse según la modalidad y el objetivo del dispositivo en cuestión.

Cuando José Bleger (1966, citado en Kaës, 2005, 77) se refiere al encuadre expresa que “ya no es sólo y principalmente el conjunto de elementos espaciales, temporales, materiales y jurídicos que sostienen la situación analítica”. Le adjudica la función de contener e inmovilizar aspectos de la personalidad mudos, sincréticos, correspondientes a la parte más arcaica del yo. El encuadre es el lugar donde se deposita la identidad de percepción. En este sentido, una parte del psiquismo necesita percibir inmutable e igual su mundo interior y una parte del mundo exterior. Se trata de una presencia permanente que le permite al yo desarrollarse. Cumple la función de ligar angustias y representaciones simbióticas. Constituye un no proceso, una serie de invariantes que abren la posibilidad al proceso.

Bleger (1966, citado en Bernard, 2006) sostiene que el encuadre es la organización más primitiva y menos diferenciada de la personalidad. Constituye el elemento fusional Yo-cuerpo-mundo, que al permanecer inmutable permite que el yo se forme, exista y se diferencie del objeto, del cuerpo y del mundo (diferenciación yo-no yo). Así el encuadre constituye una invariante, un sector que debe permanecer fijo para que otro se desarrolle, un no proceso que permite un proceso.

En pocas palabras, para Bleger, el encuadre es el depositario de la parte no diferenciada y no disuelta de los vínculos simbióticos primitivos.

Se mencionó anteriormente el discurso asociativo. Este elemento se refiere a los procesos y a las cadenas asociativas que se van entretejiendo en la situación grupal. Un concepto relacionado a éste es el de interdiscursividad. Kaës (2005, 82) se refiere a ella como “la composición de las asociaciones producidas por cada sujeto en la red de intercambios”.

El campo grupal es un lugar para el desarrollo de una dramatización específica, para la puesta en escena de representaciones de afectos suprimidos o no sentidos, de acuerdo con modalidades vinculares que cada sujeto ha construido a partir de sus fantasías inconscientes. Es aquí donde la regla fundamental de la asociación libre, a través de la cadena asociativa grupal, exige la transformación de esas representaciones y de esos afectos en representaciones de palabras. De esa manera se logra el reconocimiento de los contenidos suprimidos o no sentidos.

En Kaës (1999), el concepto de “trabajo psíquico grupal” alude a un proceso de transformación que busca un producto específico. Para este autor este trabajo psíquico impuesto al psiquismo por el hecho de la intersubjetividad está conformado por: la posibilidad de investir libidinalmente a otro, transformándolo en alguien significativo; los procesos identificatorios, introyectivos, que permiten mantener vínculos psíquicos con los objetos; las renunciadas a la descarga directa de las pulsiones sexuales y agresivas transformándolas en pulsiones de meta inhibida; la operatoria de dar sentido e interpretar y la exigencia de no trabajo psíquico. El grupo permite contener, desintoxicar, transformar y dar sentido a elementos que se encuentran depositados sobre el encuadre y la dramática. El preconscious, a través de las cadenas asociativas que se gestan en el intercambio, opera ligando lo no ligado, mentalizando lo no mentalizado. El dispositivo grupal permite crear un continente para que pueda restaurarse la función del pensamiento. Orientar este proceso forma parte del rol del coordinador.

El lugar y la función del coordinador es uno de los elementos de importancia para aplicar un dispositivo y orientar la tarea dentro de él. Este lugar es sostenido desde su propio deseo, jugado en la tensión que surge entre lo que él ofrece y lo que el grupo necesita y demanda. Desde su deseo es iniciador del proceso, manteniéndose siempre bajo la condición del

“rehusamiento”. En tanto receptor transferencial de la escena desplegada, no ocupa los lugares atribuidos, sólo se deja figurar por ellos. Esto le permite escuchar, comprender e interpretar.

El lugar del coordinador queda definido por:

- su afiliación a la teoría psicoanalítica;
- su ofrecimiento de coordinar el grupo;
- la fantasmática que organiza al grupo;
- el lugar que le es asignado y no puede ocupar;
- el dispositivo de trabajo que utiliza.

Su función implica:

- hacer posible la constitución de la situación psicoanalítica;
- facilitar el intercambio verbal entre los miembros del grupo, es decir, la cadena asociativa grupal;
- poder mostrar al grupo lo que se produce en ese espacio, intervenir: interpretar, esclarecer, etc.;
- sostener y garantizar el orden simbólico.

Esto requiere del coordinador la capacidad de constituir y de mantener su propio espacio psíquico: la capacidad de asociar, la de suspender la atención, la de interpretar y dejar de interpretar, manteniendo su deseo al margen.

3. Diferentes dispositivos grupales

Si bien desde la perspectiva psicoanalítica, no existe una clasificación exhaustiva de los diferentes abordajes, se mencionarán algunos de los más conocidos. Pueden ser diferenciados fundamentalmente por sus objetivos.

- **Grupo de discusión:** su objetivo es la puesta en común, la difusión, el esclarecimiento y, si es posible, la solución de una dificultad o problema que el grupo tiene en relación con la tarea que realiza. La problemática focalizada es externa al grupo.
- **Grupo de diagnóstico:** es de utilidad para determinar el funcionamiento de un grupo y la modalidad de inserción de cada uno de sus miembros.
- **Taller de reflexión:** el propósito es el esclarecimiento y la elaboración de una situación emocional, focalizada y compartida por un número (que puede ser amplio) de personas.
- **Grupo de reflexión:** la finalidad es el descubrimiento, por parte del grupo, de las propias modalidades inconscientes de funcionamiento grupal. Tiende a descubrir el modo en que los aspectos emocionales interfieren el buen funcionamiento grupal. La dirección del trabajo psíquico es hacia el interior del grupo.
- **Grupo terapéutico:** el objetivo es la modificación de aspectos de la personalidad de los integrantes, siendo la sesión grupal el medio privilegiado para lograrlo.

4. Elementos para la construcción del dispositivo

Cuando se decide, como coordinador, realizar un abordaje grupal, se debe construir una manera de trabajar según los motivos que llevan a emprender dicha tarea. Es necesario considerar, entonces, la “demanda” (que puede surgir de una institución, de miembros de la misma, de un grupo de trabajo, del coordinador mismo, etc.) y el “objetivo” del trabajo a realizar. En función de esto es que se seleccionará un dispositivo que permita, en primer lugar alumbrar o hacer visible un modo de

funcionamiento grupal determinado, más evolucionado o maduro, o más regresivo y primitivo, según los objetivos de trabajo. Elegir y definir el modo de abordaje determina una posibilidad y una limitación.

Cada dispositivo se construye permitiendo procesar determinados fenómenos y no otros. A esta cualidad se la ha denominado “visibilidad o invisibilidad” del dispositivo, en la medida en que, por su diseño, ilumina, hace visibles, determinados aspectos de la realidad psíquica grupal y deja en la oscuridad otros.

Por ejemplo, el dispositivo de grupo terapéutico tiende a hacer visibles los fenómenos inconscientes regresivos que forman parte de la psicopatología que el sujeto necesita curar. A la inversa, algunos dispositivos no terapéuticos como los grupos de discusión, tienden a poner en juego los aspectos más maduros y conscientes de la personalidad para producir un proceso basado en el pensamiento y en el juicio de realidad. Como se mencionó anteriormente, ningún trabajo grupal puede abordar una dificultad si las condiciones que la producen no pueden hacerse visibles, ser reconocidas para luego ser elaboradas. Si se utilizaran, por ejemplo, elementos de un dispositivo terapéutico para un grupo de discusión o de diagnóstico, se produciría un corrimiento tal del trabajo grupal que no se podría discutir, ni diagnosticar, ni hacer un proceso terapéutico de manera efectiva. Las consignas que son intensamente ambiguas, como cuando se propone a un grupo la expresión espontánea de todo lo que se siente, plantean una situación que estimula el surgimiento de los aspectos más primitivos e indiscriminados de la personalidad. Así, estos aspectos, podrán ser trabajados y elaborados en grupos terapéuticos o de reflexión. Si se propone esta misma ambigüedad para otros abordajes, pueden desencadenarse experiencias grupales emocionales que tienden a la desorganización de la vida psíquica. En conclusión, un dispositivo se construye en función de un objetivo, y esta construcción es una de las primeras intervenciones del coordinador.

El objetivo último del trabajo con grupos es abrir un espacio para los procesos de elaboración psíquica, brindando la opción de producción de cambio psíquico y de subjetividad. De esta forma, cada

dispositivo ofrece a los sujetos la opción de incorporar en el aparato psíquico elementos nuevos.

Pueden considerarse los siguientes elementos para la construcción técnica de un dispositivo grupal.

- **Análisis de la demanda:** la realización de un encuentro grupal bajo un dispositivo se origina con la solicitud realizada por un grupo o por la propia iniciativa del coordinador quien convoca a los miembros. La demanda puede ser explícita o implícita. La primera hace referencia al pedido manifiesto del grupo; en la segunda este pedido es tácito y/o el coordinador considera y evalúa la conveniencia del trabajo. Esta última es una demanda a construir. El análisis de la demanda se refiere al estudio que hace el coordinador de la necesidad grupal. Para esto se tienen en cuenta algunos ítems:
 - el análisis de la demanda es indispensable para la elección adecuada del dispositivo;
 - a excepción del grupo de diagnóstico, los dispositivos se basan en el deseo y el acuerdo de los participantes en realizar la experiencia, por lo tanto es útil evaluar si este deseo existe;
 - es necesario considerar si existen las condiciones materiales indispensables para trabajar (lugar, horario, etc.);
 - resulta de utilidad determinar si aquello que el grupo demanda está en relación con lo que es posible trabajar por parte del coordinador, de no ser así se pueden trabajar estas expectativas diferentes.
- **Lugar:** las condiciones físicas del lugar se consideran en relación a la cantidad de personas y al tipo de tarea grupal que el dispositivo implique. Por ejemplo, un taller de reflexión puede trabajar con cincuenta personas, las que

además se separarán en subgrupos en determinado momento del proceso. Cuando se trabaja con grupos preformados, se puede elegir el lugar de pertenencia del grupo o el coordinador puede proponer un sitio diferente. Estas decisiones tienen que ver con las variables que se desean manejar, poner en juego, y las que se desea oscurecer.

- **Tiempo:** las consideraciones temporales incluyen
 - **duración de cada encuentro:** un grupo de reflexión dura 1 hora y 15 minutos, un taller aproximadamente 2 horas y media, una sesión de grupo terapéutico entre 1 hora y 15 minutos y 1 hora y media;
 - **frecuencia:** el taller puede ser una experiencia única, al igual que la realización de un diagnóstico; el grupo de reflexión tiene generalmente una frecuencia semanal o quincenal, y el terapéutico se reúne una o dos veces a la semana;
 - **duración total del proceso:** un grupo terapéutico de tiempo limitado puede durar 6 meses, un proceso de grupo de reflexión depende del acuerdo hecho con los integrantes, que puede ser de un año o menos;
 - **horario:** cuando se trabaja con grupos institucionales, generalmente es el manejo del tiempo de la institución el que determina el horario.
- **Pago:** el pago de los honorarios al coordinador puede ser:
 - **individual:** el coordinador cobra a cada uno de los miembros un importe determinado independiente de la cantidad de miembros, generalmente la misma suma para todos los participantes. Esta

modalidad se usa en los grupos terapéuticos y en los talleres abiertos.

- **grupal:** el coordinador cobra al grupo por hora de trabajo, es decir, paga el grupo como totalidad, modo usado para los grupos de reflexión, cuyos miembros prorratan entre ellos el gasto.
- **institucional:** es la institución a la que pertenece el grupo la que paga al profesional. Es el caso de los grupos de diagnóstico.
- **mixto:** una parte de los honorarios abona el grupo y otra la institución de pertenencia. Esta suele ser una forma de elección para el caso de los grupos de reflexión en las residencias hospitalarias.

Cada modalidad de pago tiene sus razones teóricas y técnicas. El pago individual de los grupos terapéuticos tiene su razón en el hecho de que el proceso terapéutico es individual, el grupo es un medio para que lo pueda lograr. En cambio el énfasis de los grupos de reflexión está puesto en el conocimiento de los fenómenos grupales y en el funcionamiento del grupo como tal. El modo en que el grupo se organiza para realizar el pago grupal suele ser un valioso índice de su funcionamiento.

- **Selección de participantes:** cada dispositivo determina una modalidad de selección de los miembros.
 - **por parte del coordinador:** es el coordinador quien realiza un proceso de selección de participantes que no se conocen entre sí. Es el caso de los grupos terapéuticos cuyos miembros son seleccionados según variables definidas, existiendo indicaciones y contraindicaciones.

- **grupo natural:** es el grupo preformado el que solicita la intervención del coordinador, como suele suceder con los grupos de reflexión.
- **convocatoria general:** los integrantes son convocados por presentar un rasgo o un interés en común, pudiendo conocerse previamente o no. Tal es el caso de los talleres de reflexión en los que el coordinador convoca a personas a través de un tema específico, sin realizar una selección de los participantes.
- **Cantidad de participantes:** cada dispositivo admite una cantidad diferente de miembros. Los dispositivos de grupo de diagnóstico, de reflexión y terapéutico trabajan con pequeños grupos. Los dispositivos de grupo de discusión y taller de reflexión admiten grupos más amplios.
- **Ubicación en el espacio:** el coordinador puede determinar la disposición de las personas en el espacio:
 - **cara a cara en círculo:** es la modalidad utilizada para experiencias de pequeños grupos, como el terapéutico, el de reflexión, el de diagnóstico, donde se tiende a favorecer el intercambio entre todos los miembros;
 - **posición radial hacia el coordinador:** se utiliza cuando existe un número grande de miembros como al inicio y finalización del taller de reflexión. Esta modalidad favorece el intercambio de cada miembro con el coordinador.
- **Consigna:** cada dispositivo solicita diferente tarea a los sujetos, tal es el contenido de las consignas. Éstas poseen diferentes niveles de ambigüedad. Un nivel elevado de ambigüedad favorecerá la emergencia de fenómenos grupales regresivos, tal como es necesario que suceda en

el trabajo terapéutico y en el de reflexión, destinados a trabajar las fantasías inconscientes. Por el contrario, dispositivos que trabajan con los aspectos más organizados y maduros de la personalidad, utilizan consignas taxativas, como en los talleres de reflexión.

- **Uso de procedimientos no verbales:** el taller de reflexión, el grupo de diagnóstico (y el de discusión a veces), utilizan procedimientos no verbales: técnicas gráficas, dramatización, visuales, etc.
- **Coordinador/terapeuta:** el rol, función, actitud, y el tipo de intervenciones dependerá del dispositivo en cuestión. El taller implica un rol directivo al inicio y al final de la experiencia, las intervenciones son informativas al inicio y esclarecedoras e integradoras al final; el grupo terapéutico y el de reflexión exigen fundamentalmente comunicaciones interpretativas.
- **Manejo de la información:** lo vertido por los participantes puede tener diferentes destinos.
 - **devolución al grupo:** si bien en líneas generales lo que los miembros manifiestan debe ser devuelto metabolizado para su comprensión, los dispositivos terapéuticos y de reflexión son los que trabajan esencialmente con la regla de restitución.
 - **a un agente externo:** en ocasiones, el coordinador se compromete a dar algún tipo de información sobre la experiencia realizada a las autoridades institucionales de las cuales el grupo depende. En el dispositivo de diagnóstico, si bien se realiza una devolución a los integrantes al finalizar la experiencia, la información diagnóstica va destinada a quien solicitó la experiencia.

5. A modo de cierre

Este texto ha intentado transmitir el trabajo que es necesario realizar para la construcción de un dispositivo técnico. La finalidad de esta tarea es alojar a un grupo para producir efectos de trabajo elaborativo.

Vale insistir aquí en la necesaria flexibilidad de un coordinador o terapeuta grupal para adaptar esta construcción técnica artificial a la situación grupal, al contexto y a las posibilidades del momento.

Referencias

- Anzieu, D. (1993). *El grupo y el inconsciente. Lo imaginario grupal*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Bernard, M. (2006). El encuadre psicoanalítico. En Bernard, M. *El trabajo psicoanalítico con pequeños grupos* (pp. 257-266). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Etchegoyen, H. (2005). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Inda, N. (1991). Psicoanálisis grupal, un dispositivo escénico. *Actas de las Terceras Jornadas Anuales del Departamento de Grupo de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Buenos Aires.
- Kaës, R. (1999). Pulsión e intersubjetividad. *Revista de Psicoanálisis de las configuraciones vinculares*, 23 (1), 113-130.
- Kaës, R. (2005). *La palabra y el vínculo. Procesos asociativos en los grupos*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Moscona, S. (2001). Construcción del dispositivo y nuevas inscripciones. *Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares. Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 24 (2), 73-87.